

ANTÍGONA DESDE DOS MUNDOS DISTINTOS: SÓFOCLES Y ANOUILH.

Quizá sea Antígona uno de los personajes más entrañables de toda la literatura Universal. De sobra conocida su «identificación histórica» sólo la esbozaremos ligeramente. Antígona, hija de Edipo y sobrina de Creonte, pertenece a la familia maldita de los Labdácidas. Desobedece el edicto impío de no dar sepultura a su hermano, lo cual le condenaba a errar eternamente sin hallar reposo. El castigo por infringir esta orden de su tío es atroz: ser enterrada viva.

El conflicto trágico en la tragedia de Sófocles se establece para subrayar la supremacía absoluta del orden Divino sobre cualquier orden humano.

Los dioses están por encima de toda ley humana: Las leyes sagradas son indiscutibles, incuestionables.

Antígona es la responsable de cumplir el deber de dar sepultura a Polinices, no obedeciendo a ninguna otra ley más que a la divina para estar en paz con su conciencia, en paz consigo misma.

Aunque hubiera sido cualquier otra persona que no fuera su hermano tendría que cumplir esa obligación moral. Así cuando Creonte le pregunta cómo, a pesar de conocer la prohibición, se atreve a violar su ley dando sepultura a un condenado, Antígona explica el porqué de su actitud y de su desobediencia¹:

«No era Zeus quien me imponía tales órdenes, (...) ni creí que tus bandos habían de tener tanta fuerza que habías tú, mortal, de prevalecer por encima de las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Que no son de hoy ni son de ayer, sino que viven en todos los tiempos y nadie

¹ Sófocles, *Antígona*. Barcelona, Ed. Alma Mater, 1952, p.52, vv.450-460: οὐ γάρ τι μοι Ζεὺς ἦν ὁ κηρύξας τάδε (...) / οὐδὲ σθένειν τοσοῦτον ῥόμην τὰ σὰ / κηρύγμαθ' ὥστ' ἄγραπτα κἀσφαλῆ θεῶν / νόμιμα δύνασθαι θνητὸν ὄνθ' ὑπερδραμεῖν. / οὐ γάρ τι νῦν γε κἀχθὲς, ἀλλ' αἰεὶ ποτε / ζῆ ταῦτα, κοῦδεις οἶδεν ἔξ ὅτου φάνη. / τούτων ἐγὼ οὐκ ἔμελλον, ἀνδρὸς οὐδενὸς / φρόνημα δείσασ', ἐν θεοῖσι τὴν δίκην / δῶσειν· θανουμένη γὰρ ἐξῆδη, τι δ' οὐ;

sabe cuándo aparecieron. No iba yo a incurrir en la ira de los dioses violando esas leyes por temor a los caprichos de hombre alguno».

Pero Antígona va todavía más allá: no es sólo por obedecer a un imperativo moral superior sino por amor. Creonte le intenta explicar que el enemigo nunca puede ser amigo después de muerto y que no se puede tratar de igual modo al bueno y al malo. Es entonces cuando Antígona lanza su respuesta sublime precursora del Cristianismo²: «No he nacido para desatar odios sino para atar con amor».

En Sófocles, Antígona muere para obedecer a la ley divina, pero esta obediencia está propulsada por amor a sus semejantes. Lo hubiera hecho hasta por su peor enemigo y si su hermano Polinices ha sido un traidor no por ello deja de tener derecho a la vida eterna. El abuso de poder y la impiedad de Creonte justifican su elección de rebelarse. Creonte es consciente de la insumisión y de la audacia de Antígona. No sabiendo qué argumentos emplear para convencerla de desistir, se aferra a lo único que tiene: su conciencia de Jefe al que se le debe una obediencia ciega³: «¿Me dictará una ciudad las órdenes que yo debo dar?».

La «hybris», el orgullo desmesurado que se apodera de un individuo ebrio de poder es lo que precipitará su pérdida⁴: «Tengo todo el poder».

Como todo dictador no quiere oír consejos y utiliza el insulto en lugar de argumentos: El Coro se hace eco de su pensamientos⁵. «La hija tiene el mismo genio intratable que el de su intratable padre».

El mito de Antígona sirve, pues, a Sófocles para proyectar sus convicciones profundas de la trascendencia del Hombre, así como la defensa de su destino libremente elegido opuesto a la fatalidad (ἀνάγκη) que determina en todo el teatro griego cualquier vida humana.

Antígona, por su acto de rebelión desobedeciendo una orden injusta, decide por sí misma su suerte, da testimonio de la voluntad divina siendo intérprete de una justicia superior a la justicia humana, por lo que su figura se agiganta traspasando los límites históricos de su época para alzarse en portavoz inmortal de la conciencia individual frente al poder arbitrario del Estado.

² Sófocles, *Antígona. Passim*. p.55, v. 523: Οὔτοι συνέχθειν, ἀλλὰ συμφιλεῖν ἔφυν.

³ Sófocles, *Antígona. Passim*. p.64, v.734: πόλις γὰρ ἡμῖν ἀμὲ χρῆ τάσσειν ἐρεῖ.

⁴ Sófocles, *Antígona. Passim*. p.39, v. 173: ἐγὼ κράτη δῆ πάντα(...) ἔχω.

⁵ Sófocles, *Antígona. Passim*. p.53, vv. 471-472: δηλοῖ τὸ γέννημ' ὠμὸν ἐξ ὠμοῦ πατρὸς τῆς παιδός· εἴκειν δ' οὐκ ἐπίσταται κακοῖς.

También Anouilh sitúa el conflicto desde el punto de vista político: la prohibición de dar sepultura a Polinices viene establecida por la fuerza de la Ley, representada por el poder real y encarnada en Creonte.

Pero, a diferencia de la Antígona de Sófocles, la de Anouilh no opone a ese poder político –es incapaz siquiera de verlo– un poder superior que es el divino. Anouilh rebaja así con este enfoque su tragedia a un nivel puramente humano sin ninguna trascendencia más allá de esta vida. En este trasfondo político la figura de Creonte cobra una estatura infinitamente superior a la de Antígona que, paradójicamente, queda relegada, a pesar de dar título a la tragedia, a un segundo plano.

En el eje de la tragedia, la escena cumbre entre Creonte y Antígona, después de que los guardias la hayan descubierto arrastrándola delante del rey, éste se revela hombre de estado por encima de todo. Intenta hacer comprender la razón por la cual su edicto a pesar de ser injusto es necesario para salvar la ciudad y mantener el orden. Sin citarlo, Anouilh recoge aquí el archiconocido aforismo de Goethe: «Es preferible una injusticia al desorden».

El responsable del Bien Público tiene por encima de todo la obligación de mantenerlo⁶: «Es necesario sin embargo que haya gente que diga sí (...). Alguien tiene que llevar el timón (...). Para decir que sí, hay que sudar y remangarse las mangas. Enfrentarse a la vida a cuerpo limpio y mancharse. Es fácil decir que no, incluso si hay que morir. Lo único que hay que hacer es no moverse y esperar. Es demasiado cobarde».

Ante los inteligentes y lúcidos razonamientos de Creonte, quien no se hace ninguna ilusión sobre los hombres que tienen que gobernar, pero que, sin embargo, se siente obligado por deber moral a proteger, Antígona no hace el más mínimo esfuerzo para comprenderlos; es un «bloque de negación», no quiere ni escuchar a su tío que se muestra tan humano con ella. Se aferra a una negación increíblemente pueril⁷: «No quiero comprender (...). Yo estoy aquí para algo más que para comprender. Estoy aquí para decir no, y para morir».

Al descubrirle Creonte la verdadera personalidad de sus hermanos, a los que tanto había idealizado, Antígona se derrumba y parece ceder. Pe-

⁶ Anouilh, *Antigone*, París, Ed. Didier, 1964, p.65, vv.1144 y 1145; 1175- 1180: «Il faut pourtant qu'il y en ait qui disent oui (...). Il faut pourtant qu'il y en ait qui menent la barque (...). Pour dire oui, il faut suer et retrousser ses manches, empoigner la vie à pleines mains et s'en mettre jusqu'aux coudes. C'est facile de dire non, même si on doit mourir. In n'y a qu'à ne pas bouger et attendre (...). C'est trop lâche».

⁷ Anouilh, *Antigone, Passim*, p.65, vv.1170-1172: «Je ne veux pas comprendre (...). Moi je suis là pour autre chose que pour comprendre. Je suis là pour dire non et pour mourir».

ro Creonte comete la torpeza de hacerle entrever su futura felicidad casera. Esta visión la proyecta de nuevo en su negación; esto es uno de los grandes «leit-motiv» de todo el teatro de Anouilh: el rechazo de la felicidad «humana, demasiado humana» por parte de sus heroínas.

Antígona se refugia, horrorizada, dentro de su negación sin saber siquiera el porqué⁸: «Ya no sé por qué muero (...). Creonte tenía razón».

Estamos en parte dentro del absurdo; de alguna manera ya no hay ninguna certeza para justificar esta muerte. Es una muerte para nada. Hace explotar lo trágico y lo absurdo en su relación con lo humano.

Como se ve, estamos muy lejos de la motivación de la Antígona de Sófocles; ella, al contrario, estaría dispuesta a aceptar esa felicidad que rechaza la de Anouilh, pero no puede hacerlo. No por un afán egoísta de encontrar su propia identidad sino para la respuesta generosa a la ley divina.

Tenemos que hacer hincapié también en las circunstancias históricas en las cuales fué escrito el drama de Anouilh. Efectivamente Anouilh lo escribe en un periodo terminal caótico, al que han conducido los mitos políticos durante la segunda y tercera década del siglo XX. Son muchas vidas truncadas en flor por ideales que, en resumidas cuentas, han demostrado su inconsistencia. La guerra Europea está entonces terminando y el París triste de la ocupación (fue liberado el 25 de Agosto de 1944) aguarda el triunfo de sus liberadores. Es en este clima donde, veinticinco siglos después de Sófocles, Anouilh estrena su Antígona en París —exactamente el 4 de Febrero de 1944—.

En el año de su estreno, los miembros de la Resistencia pudieron identificarse plenamente con ella. Pero también, los llamados «colaboracionistas» hicieron suya la postura de Creonte y su teoría del poder político: la salvaguardia del Estado por encima de todo.

Anouilh consiguió aquí uno de los retos más difíciles y controvertidos que jamás dramaturgo haya obtenido: conformar a la vez dos sectores antagónicos y opuestos de su auditorio. Fascistas y anti-fascistas se encarnaban en Antígona y Creonte y, como pirueta final, también los nihilistas aplaudían la muerte «inútil» y carente de objetivo de su protagonista.

Para concluir, alguien dijo de la heroína de Anouilh que era una Antígona de «segunda mano»; sin llegar tan lejos es desde luego un personaje mucho menos entrañable, mucho menos humana que su antecesora griega: carece totalmente de matices, siendo «Antígona desde toda eter-

⁸ Anouilh, *Antigone, Passim*, p.86, vv.1660 y 1661: «Et Creon avait raison (...). Je ne sais plus pourquoi je meurs».

nidad». El espectador no logra comprender sus reacciones. Su acto aparece como el fruto de un capricho de niña mimada y, como dice el propio Creonte, se podría resolver «con un par de bofetadas». En ningún momento razona el «porqué» de su desobediencia. Símbolo ciego de la resistencia a ultranza, obstaculiza el poder establecido, sin importarle el bien común. Fanáticamente encerrada en su negación, se limita a resistir.

¡Cuánto más identificados nos encontramos con el personaje de Sófocles a pesar de los veinticinco siglos que nos separan! Cercana y entrañable, la Antígona de Sófocles tiene una nobleza llena de humanidad y supera su miedo físico con un valor razonado. Sabe perfectamente el porqué de su sacrificio, aceptando la muerte, sin retórica falsa, con debilidad estremecida de terror por una causa realmente superior, como es la causa de Dios. No es, pues, desatinado el ver en ella, como dijeron muchos autores, a una precursora de las vírgenes mártires cristianas.

Si por su etimología, la palabra «poeta» significa «creador», Sófocles se encuentra entre los más grandes, porque por la magia de su obra logra acercar sus personajes a cada generación, que encuentra en ellos, valores eternos y perpétuamente renovados.

IRENE ROMERA PINTOR